

Capítulo 3

Los soldados me montaron en uno de sus intimidantes vehículos y me trasladaron, sin quitarme el ojo de encima, hasta las celdas del cuartel nordeste.

El vehículo recorría a toda velocidad las calles desiertas de aquel sector, derrapando y esquivando obstáculos como un animal a la caza, y apenas tardamos unos minutos en llegar. Sin contar el trayecto desde Toledo hasta Albacete, aquella era la primera vez que montaba en una de esas máquinas, tan solo reservadas para conductores y soldados de estatus especial. Por razones obvias, no pude disfrutar del viaje todo lo que me habría gustado.

Pasé todo el trayecto con las manos a la espalda, encadenadas a uno de los asientos, y durante el tiempo que duró el viaje ni un solo soldado se dignó a mirarme a los ojos. Por supuesto, tampoco me dirigieron la palabra, aunque eso no fue porque yo no lo intentara —al fin y al cabo, no dejaban de ser compañeros de faena—. Intenté sacar conversación con un soldado algo mayor que yo que estaba sentada frente a mí. Le habría hablado del tiempo, pero creí más conveniente averiguar un poco más de aquello del «estatus de cuarentena». Le conté —más para convencerme a mí mismo que para convencerla a ella— que los contagios siempre se hacen por intercambio de fluidos y no por contacto, por lo que no hacía falta que ya me dieran por muerto. Eso era un conocimiento comprobado. Pero, como ya he mencionado antes, no recibí respuesta alguna. Mis intentos por entablar una conversación con el grandullón que tenía a mi derecha fueron aún peor, y en

cuanto este dejó claro que no quería escucharme al cruzarme la cara de un golpe con la culata de su fusil, decidí abortar misión. El resto del viaje me lo pasé en silencio.

Una vez en mi destino, no tardé en darme cuenta de que existía poca diferencia entre el estatus de cuarentena y el estatus de prisionero normal y corriente. Sencillamente, me habían arrastrado a una sucia celda —un cubículo enrejado por tres costados, con un camastro acoplado a la única pared de ladrillo— y me habían encerrado sin siquiera darme las buenas noches. El colchón del camastro estaba podrido y los barrotes estaban corroídos y oxidados. Aquella celda era una vieja reliquia que probablemente llevaba sin utilizarse desde los tiempos de la Gran Contaminación.

Aún estaba conmocionado observando la mugre de mi nuevo aposento cuando la soldado que se había sentado frente a mí cerró la puerta de la celda con llave y se fue sin más preámbulos. Descarté la opción de decirle o preguntarle nada; a esas alturas ya había pillado que me querían fuera de vista y callado.

Entonces me quedé solo.

Durante los siguientes minutos a mi encarcelamiento no tuve mucho más que hacer que preocuparme por mi propia existencia como ser humano. Había estrechado la mano de Georg; un zeta. Garza había hecho un drama de ello pero, en teoría —me dije una vez más—, el contacto directo entre humanos y zetas no causaba contaminación. Aquello era algo que se sabía. Solo si te mordían, arañaban... o bueno, te herían de algún modo u otro, te convertías en uno de ellos. Eso es lo que nos repetían una y otra vez desde niños.

Sin embargo, también hay que decirlo; jamás había conocido a nadie que tocara a un contaminado y viviera para contarlo. Y el hecho de que me encerraran en una celda mohosa para mantenerme en cuarentena no contribuía demasiado a calmar mi estado de ánimo.

Al rato pasé a hacerme preguntas más prácticas: ¿cuánto tiempo tardaría en convertirme en un zeta?, ¿perdería la

conciencia gradualmente, como al quedarme dormido, o sería de golpe? La verdad era que, aunque vivíamos en un mundo plagado de estas criaturas, se sabía muy poco de los contaminados... y menos aún los de mi quinta. La zona protegida de la Nueva Mancha se había convertido en uno de los lugares más seguros del mundo y se había mantenido así desde hacía, al menos, dos generaciones. Los contaminados llevaban años siendo contenidos eficazmente fuera de los límites del territorio y los casos de contaminaciones eran poco comunes, tan solo reservados para exploradores, soldados y buscadores.

Es decir, prácticamente el resto de la gente nacía, crecía y moría sin haber visto un solo zeta. Yo, si había visto y matado a unos cuantos, había sido gracias a mi posición como cadete del ejército. Pese a ello, quitando la parte de reventar sus cabezas, no los conocía demasiado.

Por otro lado, era curioso cómo, a pesar de la ignorancia generalizada en estos temas, los rumores acerca de la transformación de humano en zeta eran ricos y variados. Cuando se conoce poco sobre una cosa la imaginación de la gente compensa el resto. Por lo general, las historias sobre transformaciones estaban pensadas para quitar el sueño a los niños o crear traumas, aunque también existían versiones algo más científicas. La más extendida era que, cuando te mordía un contaminado, tardabas entre cuatro y veinticuatro horas en transformarte tras un largo y doloroso proceso. Primero empezabas a sentir náuseas, luego venían los temblores y la fiebre, el descontrol de los esfínteres y, finalmente, morías de un ataque al corazón... para luego levantarte siendo un zeta hecho y derecho.

Intenté analizarme. En mi caso particular, tenía náuseas de puro nervio y estaba bastante cerca del descontrol de los esfínteres... Es decir, todo dentro de la normalidad teniendo en cuenta la experiencia que estaba pasando.

Ya estaba tratando de medirme la temperatura corporal cuando escuché que la puerta exterior se abría. Vi entonces cómo otro grupo de soldados entraba en aquel habitáculo con

Georg por delante. Seguían al zeta a dos pasos de distancia, apuntándolo sin quitarle la vista de encima ni un solo segundo. Parecía un pelotón de fusilamiento.

Guiaron a Georg a una celda contigua a la mía y lo encerraron, tal y como habían hecho conmigo. Fue curioso ver que, pese al paso tranquilo de Georg, todos los soldados estaban en completa alerta; como si este fuera una bomba que estaba a punto de estallar. Así, en cuanto la llave cerró la reja con un *clank*, la postura de los soldados se relajó visiblemente. Me pareció que hasta los oí volver a respirar de nuevo.

Después, desaparecieron diligentemente por donde habían venido, dejándonos solos a Georg y a mí. Me contuve para no decirles nada, pues sabía que mis palabras iban a ser tan inútiles como lo fueron con el otro grupo de soldados. En cuanto escuché al último de ellos atravesar la puerta de salida, la quietud volvió a reinar de nuevo. Y ahí nos quedamos los dos: un humano y un contaminado en celdas contiguas, sin más entretenimiento que ver pasar el tiempo ni más explicación que el silencio.

Al observar a mi nuevo compañero de prisión por el rabillo del ojo me entró un escalofrío; Georg estaba separado de mí por unos barrotes de metal, pero yo no estaba acostumbrado a estar tan próximo a un contaminado. Sus ojos muertos me miraban cansinamente, como si vieran a través de mi propio cuerpo. Su cara, ligeramente ladeada y recubierta de tejido momificado, no proporcionaba ninguna tranquilidad. Estaba allí de pie como un árbol, mecido por un suavísimo balanceo, sin quitarme los ojos de encima. Volví a preguntarme a mí mismo si lo que había vivido antes no lo había imaginado.

—Siento haberte metido en este lío —dijo Georg, demostrando una vez más que mi mente estaba en perfectas condiciones.

Pese a que sabía que aquel zeta podía hablar, la voz de Georg me sobresaltó. Di un pequeño paso atrás por instinto, pero pronto el sentido común volvió a mi ser y le hice frente.

—No te preocupes. Seguro que verán pronto que no me pasa nada y me sacarán de aquí —respondí, sin mucha convicción.

Georg asintió y nos quedamos de nuevo en silencio. Decidí entonces que, ya que estábamos ahí encerrados, tal vez lo mejor era quitarle algo de hierro al asunto.

—¿Sabes? He pasado noches peores con los ronquidos de mi compañero de habitación.

Me pareció escuchar que Georg se reía. Eran como aspiraciones roncadas y entrecortadas... Densas. Como hechas por pulmones que llevaran mucho tiempo sin usarse.

—Me alegro entonces de que esto sea una mejora —respondió.

Meforcé a sonreír, sin demasiado éxito, y miré hacia otro lado. Ya había inspeccionado aquel lugar varias veces durante el tiempo que había pasado solo en aquella celda, pero había algo en la mirada de Georg que me obligaba a evitarla.

—Aún así, me siento mal por haber hecho que te... encierren aquí —dijo con cierta dificultad, como si le costara encontrar las palabras.

Me encogí de hombros.

—De verdad que no era mi intención —insistió—. Es una jodienda.

Lo miré, sorprendido. Tal vez fuera por los nervios, pero de repente me entró una risa floja que no pude controlar. Me tapé la boca con la mano y traté de ahogar mis carcajadas en pequeñas convulsiones. Me pareció gracioso el hecho de que un zeta, teniendo la rara capacidad hablar, optara por decir tacos pasados de moda.

—Se dice *jodienda*, ¿verdad? —preguntó.

Contesté con varios asentimientos de cabeza, mientras trataba de calmarme y recuperar el habla. Finalmente, conseguí tranquilizarme. Me senté en el mugriento colchón, sonriendo abiertamente por primera vez desde que hubiese bajado de la azotea.

—Sí. Aunque es una palabra de vejestorio.

—¿Vejestorio? —repitió Georg.

Jamás había conocido a un zeta que hubiese recuperado el habla, pero me pareció extraña su manera de hablar; tanto su acento como su modo de decir las cosas. Quizá fuera posible que, al volverse uno zeta, volviese a un estado de estupidez generalizada y tuviera que aprender todo de nuevo. Como un bebé, quizá. Supuse que recuperar todas las habilidades cognitivas no debía ser una tarea fácil; Georg habría tenido que aprender de nuevo a hablar, a pensar, a andar... Pero no, no podía ser... Los zetas caminaban y los bebés no.

—Sí; vejestorio —respondí—. Como un abuelo. Un viejo.

Georg hizo un gesto de asentimiento y repitió para sus adentros:

Vejestorio.

De repente lo comprendí.

—Tú no eres de por aquí, ¿verdad?

Mi mirada seguía estrellándose contra sus ojos muertos. Incluso aún sabiendo que había vida dentro de ellos, era como intentar hablar al interior de un pozo oscuro y esperar respuesta.

—No —contestó el zeta, mientras mostraba un amago de sonrisa—. Soy de Alemania. Disculpa, mi español es malo todavía.

Le quité importancia a su comentario con un gesto. Desde luego, ya era mucho pedir que un zeta pudiese hablar. No iba a ponerme exigente.

Intenté hacer memoria; Alemania. En las lecciones de la Academia Militar se mencionaba en algún momento. Creí recordar que era el nombre de uno de los territorios que en algún momento habían existido dentro de la antigua Europa y que, por lo que habíamos estudiado, había estado metido varias veces en asuntos de guerra. Si no me equivocaba, se encontraba al norte del continente, aunque tampoco pregunté a Georg para no mostrar mi ignorancia.

—Bueno, hablas muy bien español para ser un... —pensé durante un segundo si la palabra que estaba a punto de utilizar podría resultarle ofensiva—... un contaminado.

Georg pareció entender a la perfección y asintió.

—Supongo que es muy ambicioso preguntar —continuó—, pero... ¿cómo es que sabes hablar?, ¿cómo es que tienes consciencia de tu... propia existencia? —Intenté explicarme mejor—. Es decir, los zetas no saben hablar ni pensar. Van por ahí caminando, chocándose con cosas y cayéndose por el suelo. Y cuando encuentran algo vivo a su alcance se lo intentan comer. Siempre.

Como Georg guardaba silencio intenté hacerme entender con gestos.

—Ya sabes... —Me levanté del camastro y comencé a imitar a un zeta, caminando con los brazos levantados y haciendo *ummm ummm*. Hasta me choqué con los barrotes para hacerlo más realista.

Georg, lejos de ofenderse, pareció reírse de nuevo. Era difícil de decir, pero creo que estaba a gusto conmigo. No es que lo reflejara su cara muerta y momificada, pero había algo en él que me lo decía. Me pregunté cuánto tiempo habría pasado desde su última conversación con alguien.

—No lo sé, no sé cómo —me respondió, tras pensarlo durante unos segundos—. De repente, un día despierto. Solo un poco, solo puedo decir unas palabras, caminar unos pasos. Y aunque esté despierto, todo es como un sueño. —Georg sacudió la cabeza—. Es difícil de explicar. Luego vuelvo a dormir... Vuelvo a caerme dentro del pozo negro del que he salido. Es muy fácil caerse, ¿sabes? Y no sé cuánto tiempo paso allí dentro.

Asentí lentamente, tratando de dar un significado comprensible a aquellas palabras. Georg comenzó a caminar, distraído. Si no lo hubiera hecho cojeando, tal vez habría ganado algo de humanidad.

—Entonces otra vez despierto —continuó—, pero esta vez dura más; hablo más tiempo, camino más tiempo y pienso mejor. Pero siempre me vuelvo a dormir, de vuelta a la oscuridad. Esto ocurre más veces y cada vez lo hago mejor, estoy despierto más tiempo. Soy... soy más persona. Soy más Georg, ¿sabes? —Hizo

un gesto de impotencia—. Es así. No sé cuanto tiempo pasa, pero al final puedo ser yo. Casi yo.

—¿Casi tú? —repetí.

—Sí. Aún me faltan algunas piezas para... completarme. —Se encogió de hombros—. Es todo lo que puedo decirte. Cosas que sentir, cosas que recordar.

Georg calló y dejó que el silencio se condensara de nuevo. Había mucho que pensar acerca de lo que me estaba contando: aquello era desconcertante, trascendental... Aquello era extrañísimo, y lo estaba viendo con mis propios ojos.

Una inoportuna oleada de ego me sacudió y, muy a mi pesar, la tuve que dejar ir. Aquel no era el momento de sentirse importante.

—¿Con cuántas personas has hablado desde que despertaste? —pregunté.

—Nadie. Tú eres el primero que habla conmigo.

La oleada de ego volvió a la carga y no pude evitar esbozar una tímida sonrisa.

—¿Ah, sí?

—Sí, y quiero que me cuentes. Quiero saber qué me ha pasado. —En su cara se dibujó algo que pude interpretar como súplica—. Cuéntame todo lo que me he perdido. Por favor.

Poco a poco, Georg y yo llegamos a entablar algo parecido a la amistad. Éramos un par de desconocidos, podría decirse de especies distintas, encerrados en sus celdas y que no tenían otro modo mejor de pasar el tiempo que conversando.

Un detalle en el que tardé en caer era que Georg, al ser un zeta, no envejecía al uso de una persona normal y podía ser mucho mayor de lo que aparentaba... Es decir, que podía haberse perdido años o incluso décadas de su propia vida. Pregunté a Georg qué era exactamente lo que quería saber; en qué punto de la historia se había quedado. Por la decadencia de su aspecto, me olía que Georg podía llevar ya unos cuantos años contaminado. Aun así, me sorprendió enterarme de que mi nuevo amigo era

más viejo de lo que aparentaba ser: pese a que Georg casi alcanzaba el siglo de edad, su apariencia era la de alguien que había sido mordido rozando la treintena.

Empecé a mirar de otra manera a aquel zeta nonagenario. Su aspecto era el del cadáver momificado de un joven sano y de complexión atlética, tal vez incluso guapo en sus mejores tiempos. Tenía unas facciones armónicas y los restos de lo que parecía una barba de unas semanas. Solo que, obviamente, aquella barba tenía décadas. Su cabello era completamente rubio —aunque estaba oscurecido por el polvo acumulado— y lo llevaba recogido en una especie de rulos que le salían como serpientes de la cabeza. Imaginé que debían haberse formado de haber estado viviendo en la mugre durante tanto tiempo. Sin embargo, me sorprendí cuando Georg me dijo que ya lo llevaba de antes; que era lo más en su tiempo y que esos rulos se llamaban «rastas».

El caso es que, como decía, Georg era muy viejo. Llegó a vivir antes de los tiempos de la Gran Contaminación y debió presenciar toda aquella locura desde el principio... Lo que hizo que me sintiera como un niño que acabara de encontrar un tesoro. Lamentablemente, cuando le pregunté cómo fue vivir todo eso, me llevé una tremenda decepción:

—No recuerdo nada —dijo.

Me sentí confuso al principio y luego, aunque sabía que Georg no tenía culpa, enfadado. Estaba ansioso por escuchar una historia que me habían contado tantas veces en boca de alguien que la había vivido de verdad —sin contar, por supuesto, a viejos locos como Prieto—.

Intenté tirar del hilo de su memoria, pero no reaccionó cuando le mencioné la Gran Contaminación. Tampoco lo hizo cuando le hablé de las crisis migratorias, ni de la subida del mar, ni de todo lo que le había precedido. Me esforzaba por recordar todo aquello en orden cronológico inverso, rememorando las lecciones de historia a las que nunca llegué a prestar toda la atención que se merecían.

No hubo suerte; ninguna de esas cosas le decía nada. Si Georg hubiera tenido algo más de expresividad, tal vez me habría mirado como a un loco.

—¿De verdad no recuerdas nada? El mar subió mucho antes de que comenzara la plaga; no puede ser que te contaminaras antes —le recriminé.

Georg tardó en responder.

—Tal vez... Recuerdo poco. Imágenes. —Negó con la cabeza—. Todo está borroso.

—¿Y recuerdas cuando te mordieron?

—No, nada.

—¿Y la subida de las temperaturas? Fue antes de lo del mar.

—Eso sí, más o menos.

—Las temperaturas hicieron que subiera el nivel del agua, y con la subida la gente se empezó a mover —expliqué—. ¿Recuerdas eso? Después vinieron las guerras... El gran apagón de tecnología...

Esperé un minuto a que Georg batallara, una vez más, con su propia memoria.

—Lo siento —murmuró finalmente, con un deje de agotamiento—. Es difícil recordar.

—Tranquilo. Tal vez tengas que hacerlo poco a poco —medité—. Tal vez ocurra al revés que los sueños: en vez de ir olvidándolos a lo largo del día, tal vez vayas empezando a recordar con el tiempo.

Georg se quedó pensativo durante unos instantes.

—Sí, tal vez sea así.

El silencio volvió a coger forma entre nosotros, pero esta vez era un silencio algo más familiar... más acogedor. Estaba empezando a acostumbrarme a la presencia de aquel zeta.

Al rato volví a hablarle. Sin embargo, esta vez, en lugar de presionarle para que hiciera memoria, le pedí que me contara los detalles de su vida que sí podía recordar. Georg, además de ser un zeta que hablaba, era una ventana al pasado... Y no quería desaprovechar aquella oportunidad.

Me contó que vivía en la vieja Barcelona. Que antes había viajado por el mundo durante un tiempo —cuando aún era posible hacerlo— y que, finalmente, había decidido establecerse en la ciudad junto con su hermana pequeña. Georg era natural de Alemania y no tenía una profesión real; había estudiado matemáticas en la universidad hasta bien adulto y nunca, según dijo, las había acabado aplicando en un trabajo de verdad. Siempre me había parecido un asunto realmente raro que la gente de antes se dedicara a tirar su tiempo estudiando tonterías, incluso cuando el mundo estaba en aquellos momentos lleno de cosas que arreglar.

Como decía, Georg era matemático de estudios, pero se ganaba el sustento mediante otra actividad a la que tampoco llegaba a ver el sentido: era profesor de meditación y *yoga* —fuera lo que fuese eso—. Daba clases en la playa y en los parques en verano. También, en ocasiones, acudía a lo que él llamaba centros sociales. Decía que no cobraba demasiado, pero no vivía mal del todo.

Me pareció curioso el hecho de que Georg hablara de su vida en Barcelona como si hubiese ocurrido hacía apenas unos días. Alguna vez había llegado a escuchar historias de supervivientes, ya muy viejos, de aquellos tiempos y de sus experiencias previas a la pandemia. Sin embargo, sus historias siempre estaban desteñidas y deshilachadas por el paso del tiempo. Yo me las tomaba más como lecciones de historia que como historias de personas de a pie. Con Georg, pude ponerle color a todo eso.

De hecho, me habría quedado escuchando a Georg toda la noche. Pero su curiosidad era mayor que la mía y, entendiblemente, él quería saber lo que se había perdido en el mundo. Estábamos en medio de una batalla en la que el uno luchaba por escuchar las historias del otro.

Me resultó difícil empezar, en parte porque era realmente difícil resumir la situación mundial de las últimas décadas a un zeta que, para colmo, no conocía bien el idioma, y en parte

porque su expresión de muerto me ponía muy nervioso. Sin embargo, una vez empecé, todo fue fluyendo.

Le narré todo lo que nos contaban en las lecciones; lo que nos metían una y otra vez en la cabeza desde que éramos pequeños. Básicamente le conté todo lo que sabía sobre la Gran Contaminación, la formación de los nuevos estados y la creación y reciente expansión de la Nueva Mancha como nueva potencia en el sur de Europa. También le hablé de los charlatanes que proliferaron hace unos años proclamando haber encontrado una cura para los contaminados, de los renegados que evitaban cualquier contacto con los asentamientos humanos organizados y de las comunicaciones y embajadas que intentábamos mantener con el resto de la civilización.

Era como hablarle de todo y de nada a la vez; explicar de golpe tantas cosas me revolvió la cabeza y saltaba de la una a la otra de manera inconexa. ¿Cómo ordenar y contar las cosas según importancia para alguien que se ha perdido más del último medio siglo de historia? Por suerte, Georg dejaba claro cuando ya sabía algo o le parecía irrelevante, y me atosigaba a preguntas cuando algo le llamaba la atención. Me sorprendió descubrir que cosas que a mí me parecían tan naturales como la lluvia a él le dejaban boquiabierto —como, por ejemplo, saber que se encontraba a más de quinientos kilómetros del punto en el que tuvo consciencia por última vez—, y viceversa.

En general, pese a todos mis esfuerzos, me pareció notar que Georg se quedó un poco decepcionado con las respuestas que le di. Reconozco que jamás he sido un buen estudiante y especialmente la historia era mi punto débil, pero si hubiera ido a preguntar a cualquier otro soldado de Albacete, probablemente no se habría llevado mejores respuestas que las que le daba yo.

Seguimos charlando un rato más pero, pese a que podía asegurar que aquella era la conversación más interesante que había tenido en mi vida, el cansancio acabó haciendo mella en mí. Traté de aguantarme, pero no tuve otra que pedir disculpas a Georg y dejarme caer sobre el colchón mugriento. Había

comprobado a las malas que una noche de guardia, de encarcelamiento y de conversaciones existenciales con un muerto viviente dejaban a uno agotado.

En realidad, no me habría importado pasar la noche descansando en aquella prisión, y más teniendo en cuenta mis recientes problemas de insomnio. De hecho, ya había acabado por descartar la idea de haberme contaminado con el contacto de Georg y estaba empezando a sentirme a gusto tras los barrotos. Se me empezaron a cerrar los ojos con la esperanza de que pronto se arreglaría todo... Sin embargo, al poco rato de dormirme, la inesperada ironía del destino me despertó con una buena bofetada.

El pesado chirrido de la puerta exterior de la prisión me sacó del sueño y me incorporé lo más rápido que pude. Aquel ruido, que llevaba esperando desde que había entrado allí, presagiaba buenas noticias: por fin vendría algún alto mando que pudiera aclararnos qué iba a ser de nosotros. Me habría alegrado incluso de ver a Garza aparecer por aquella puerta, pero en su lugar apareció alguien completamente inesperado... y mucho más feo.

—¡Mocha! ¿Qué estás haciendo aquí?

A juzgar por su expresión, Mocha se había sorprendido tanto de verme como yo a él, pero enseguida soltó una de sus irritantes carcajadas y volvió a la normalidad.

—¡Hola Campoy! Me habían dicho que habían pillado a un cadete haciendo el bobo con un zeta. Pero no me había imaginado que fueras tú. ¿Qué cosas, eh?

Sin darme tiempo a responder, Mocha miró hacia la celda donde se encontraba Georg.

—¿Es verdad? —me preguntó, mientras señalaba a Georg.

—¿Es verdad, qué?

Mocha puso los ojos en blanco, como si yo fuera el imbécil.

—Que si es verdad que habla.

—No lo sé, Mocha. Pregúntaselo a él.

Mocha se quedó parado en el sitio, dudando si lo que acababa de decir iba en serio.

—Cuidado... Tal vez sepa hablar —continuó—, pero a lo mejor simplemente hace como todo el mundo y pasa de dirigirte la palabra.

—A lo mejor eres un idiota, Campoy.

Me encogí de hombros ante aquella virtuosa demostración de elocuencia y volví a sentarme en el camastro. Mocha, orgulloso de su victoria, se dirigió hacia la celda de Georg y se situó a un palmo de los barrotes.

—Eh, tú.

Georg estaba en pie, quieto como una estatua, lanzando aquella mirada insondable que traspasaba el cuerpo de Mocha. Parecía un cadáver al que hubieran empalado y hubieran abandonado en posición erguida. Incluso me llegué a plantear por un momento que quizá hubiera pasado a mejor vida mientras yo estaba dormido.

—¡Eh, tú! —gritó Mocha— Te estoy hablando. Hay que ver qué feo que eres, hijo de puta.

Y volvió a reírse.

—¿Ves qué divertido es cuando están encarcelados? —me dijo, sonriente.

Georg, aprovechando que Mocha se había distraído para mirarme, avanzó unos pasos y dio un fuerte golpe en uno de los barrotes que estaban frente a él. El ruido fue como una explosión metálica y Mocha, asustado, retrocedió de un salto. Si no hubiera tenido a mano una columna para apoyarse, seguramente se habría caído de espaldas.

—Abre la puerta y nos divertiremos más.

La cara de Mocha se desencajó al escuchar la cenicienta voz del zeta. Tardó unos segundos en reaccionar.

—Joder... El cabrón de Miranda decía la verdad. ¡Este bicho habla!

Se desplazó nervioso unos pasos y agarró los barrotes de mi celda.

—¿Has visto eso?

—Sí, Mocha, lo he visto. —Suspiré—. Llevo aquí un rato.

Mocha me ignoró y se acercó de nuevo a la celda de Georg. Volvió a la carga con un monólogo de insultos y preguntas estúpidas mientras el zeta lo observaba completamente ausente. Aunque sentía lástima por Georg —ahora él sabía lo que me tocaba vivir en mi día a día—, decidí recostarme de nuevo sobre el camastro; ya estaba claro que no iba a sacar nada positivo de aquella visita.

De ese modo, pese a los incordios de mi compañero de cuarto, noté cómo el sueño empezaba a apoderarse de mí de nuevo. Dejé mi mente fundirse con el vacío mientras la irritante voz de Mocha iba amortiguándose paulatinamente, como si quedara cada vez más lejos. Estaba a punto de dormirme cuando:

—... toda una lástima. Ya han ejecutado a Olivera y mañana al amanecer os tocará a vosotros.

—¡¿Qué?! —pregunté, sobresaltado. Me incorporé como pude—. ¿Qué has dicho?

Mocha me volvió a mirar como si fuera imbécil, solo que esta vez sí que se me escapaba algo.

—La sentencia. Condenados a muerte.

Mi expresión de estupefacción absoluta fue suficiente incluso para que Mocha captara que necesitaba una explicación.

—Es a lo que estáis esperando aquí, ¿no? —Se acercó de nuevo a mi celda—. Miranda; el que te ha dado el culetazo en la cara, ¿recuerdas? Pues ese me ha dicho que seréis ejecutados mañana.

Mi silencio persistió.

—¿No lo sabíais? —preguntó Mocha.

—Pues claro que no —contesté, con un nudo en la garganta—. ¡Pero si no hemos hecho nada! Yo estoy aquí en estatus de cuarentena y... ¡Mira! —Le mostré las manos—. No me he contaminado... ¿Ves? ¡Estoy bien!

Mocha se encogió de hombros.

—A mí no me cuentes, yo no sé nada. De hecho, ni siquiera debería estar aquí. —Bajó la voz, furtivo—. Miranda me ha dicho

que lo del zeta que habla es un secreto y que debo callarme como una puta.

Yo no sabía cómo reaccionar. No podía moverme ni podía pensar. Solo miraba como hipnotizado la cara bobalicona de Mocha al otro lado de los barrotes.

—No hemos hecho nada... —repetí.

—Tampoco Olivera, parece ser, y mira cómo ha acabado —dijo Mocha, como quien habla del tiempo—. Es normal; has sido testigo de algo que no tenías que haber visto, y seguramente te matarán y dirán que te habías contaminado. —Se encogió de hombros—. Nadie pedirá más explicaciones.

Mocha miró hacia Georg. Lo imité y vi que mi nuevo amigo ni siquiera se había movido desde la última vez que le vi. Si estaba tan sorprendido como yo, no lo aparentaba.

—Y a tu amigo lo matarán por lo que es: un asqueroso zeta. —Escupió al suelo— Pero bueno, ya os he molestado demasiado. Tenéis muchas cosas sobre las que pensar, y todo eso. Ah, por cierto; no digáis que he venido a visitaros, ¿vale? —Me guiñó un ojo—. Buena suerte en el otro barrio.

Y, sencillamente, Mocha se dio la vuelta y desapareció por donde había venido.

Después, no sé durante cuanto tiempo me quedé paralizado. Y digo tanto paralizado de cuerpo como paralizado de mente; seguía sin poder moverme ni pensar. Escuché la pastosa voz de Georg preguntándome si estaba bien, pero no podía responderle. Yo, simplemente, era una estatua; sin voz y sin alma. Lo siguiente que recuerdo, sin embargo, es que después de aquella inmovilidad absoluta algo se rompió dentro de mi cabeza. Y entonces me sobrevino una oleada de cólera devastadora que me hizo tomarla con todo lo que había a mi alrededor.

Pataleé en el suelo, golpeé las paredes y destrocé el colchón podrido con mis propias manos... Apenas era consciente de los ruegos de Georg para que me calmara y continué con mi labor destructiva. Me sentía con una energía y una furia terribles; era un tornado de caos y exterminio. Quería derramar hasta la última gota de mi ira. De ese modo, probablemente habría

continuado hasta que hubiera agotado mis energías y hubiese acabado hecho un ovillo de sollozos, lloriqueos y mocos. Pero, por suerte, ocurrió algo que me hizo recuperar la cordura antes de que fuese demasiado tarde.

La cosa es que, mientras estaba en pleno proceso de dar rienda suelta a mi locura, fui a dar una patada a uno de los barrotes oxidados que componían la reja de la celda. La tomé con él y, al cuarto puntapié, este se partió por la mitad. El trozo suelto de metal cayó al suelo con un estrépito que podría haber despertado hasta al más dormido.

En cuanto comprendí lo que acababa de pasar —a causa del estado en el que estaba me tuve que tomar dos largos segundos para procesar lo que significaba un barroto roto—, me dejé de tonterías y serpenteé por el hueco que había abierto en la reja. Siempre he sido un enclenque huesudo, pero nunca lo había agradecido tanto como en ese momento. Mocha u Olivera, desde luego, no lo habrían podido ni intentar.

Conseguí traspasar el hueco sin mucha dificultad y me vi enseguida al otro lado de la jaula. Pese haber avanzado menos de medio metro, la diferencia entre estar dentro y fuera era abismal; era como si incluso el aire oliera mejor o la gravedad se hubiera debilitado un tanto.

Entonces me acerqué a la celda de Georg, desde donde este me observaba quieto como un palo, y me puse a pegar puntapiés con todas mis fuerzas a los barrotes. En aquel momento no pensé en el daño que me estaba haciendo; de hecho, si hubiera sabido lo que me iba a doler al día siguiente, tal vez habría parado. El caso es que continué pegando patadas como un loco, barroto tras barroto, hasta que por fin el quinto en la fila sucumbió a mis fuerzas.

El estrépito que hizo el metal al caer fue aún mayor al de la vez del anterior. Entonces, con el jaleo que acababa de armar peleándome con aquella jaula, brotó en mi interior un repentino sentido de la urgencia que no había existido hasta ese momento. ¿Nos habría oído alguien?

Me agaché y, sin pensar, metí la mano por el hueco que había abierto en la celda de Georg.

—¡Vamos! —grité.

Georg tardó un momento en reaccionar y me asió la mano fuertemente con la suya. Entonces noté un frío mordedor en el estómago; estaba dando de nuevo la mano a un contaminado. Me esforcé por alejar los pensamientos sobre Georg desgarrando con sus dientes la pálida piel de mi muñeca y lo ayudé a salir; había cosas más importantes de las que preocuparse.

Como ambos éramos prácticamente equivalentes en cantidad de grasa corporal, a Georg tampoco le costó demasiado esfuerzo colarse entre los barrotes. Así, en cuanto su cuerpo atravesó por completo el hueco, lo urgí para salir de aquel edificio.

Mi corazón daba botes como loco y notaba la adrenalina quemándose dentro de mis venas. Me sentía fuerte, poderoso; tanto que habría podido salir de allí como una bala, atravesando la pared de roca. Sin embargo, un inoportuno sentido de la caballerosidad me obligó a esperar al cojeante Georg, que trataba de alcanzar la salida lo más rápido que le permitía su fisionomía de contaminado. Podría haber escapado solo y haber abandonado a Georg a su suerte, pero no me habría parecido lo correcto.

Después de lo que me parecieron siglos alcanzamos la puerta metálica que daba a la calle. Agarré el pomo y la abrí. Noté cómo la suave brisa nocturna se colaba por el resquicio abierto de la puerta y esta me supo a gloria; estábamos un paso más cerca de la libertad. Entonces, lo último con lo que me esperaba encontrar al pisar la calle era, una vez más, con una cara rechoncha y conocida:

—¡Mocha!

De nuevo, mi compañero de cuarto se quedó tan sorprendido como yo, manteniendo un rictus de perplejidad durante unos segundos.

—Los ruidos... ¡Os escapáis!

Por suerte, me recuperé antes que él de la sorpresa. Miré rápidamente hacia los lados y, al ver que estábamos solos, descargué un puñetazo con toda la fuerza que me fue posible en la sien de Mocha; un buen blanco, pese a que le había apuntado a la mandíbula. Su cuerpo inerte se desplomó y yo contuve un grito de dolor mientras agarraba mi mano dolorida. Aún con esas, la paz que produjo en mi interior aquel ataque contra Mocha fue indescriptible. Mientras miraba con placer el cuerpo abatido de mi compañero de cuarto, Georg me adelantó por el lado.

—¡Vamos, corre!

No pude contenerme y pegué un par de patadas más a aquel bulto hediondo y grasiento antes de reemprender la carrera.

Alcancé a Georg sin esfuerzo y le indiqué que nos escondiéramos tras unos escombros antes de determinar nuestros siguientes pasos. La noche estaba en paz y no se veía a nadie por los alrededores... Quizá, con suerte, Mocha había sido el único que había escuchado el estrépito que habíamos montado en la prisión. Si era así, teníamos una buena oportunidad para escapar. La cuestión era a dónde.

—Debemos buscar un escondite —sugerí.

—Debemos irnos —puntualizó Georg—, fuera de la ciudad.

Eché otro vistazo alrededor: aquello era el límite nordeste de Albacete. Si no me equivocaba, estábamos a unos minutos de alcanzar la frontera de la ciudad con el campo. Era sencillo. Sin embargo, antes de eso, aún tenía que cruzar otra frontera en mi propio interior: tenía que decidir si quedarme en una ciudad cuyo cuerpo defensivo, compuesto por mis propios compañeros de armas, quería acabar conmigo... o salir a un mundo donde cada bicho viviente y no viviente quería comerme. ¿Con cuál de las dos opciones tenía más posibilidades de supervivencia?

Medité un momento, tal vez demasiado corto como para tomar cualquier decisión razonable.

—De acuerdo —contesté, con más seguridad de la que en realidad sentía.

Echamos a correr, al ritmo que me permitía mi nuevo compañero, ocultándonos entre las sombras de los escombros. Al poco, abandonamos los últimos edificios de la ciudad y cruzamos sin ser vistos la frontera entre la civilización y la barbarie; la segunda vez que lo hacía en lo que llevaba de día y la primera vez que lo hacía sin protección en toda mi vida.

Llegamos al otro lado sin ser vistos y nos internamos, bajo el denso silencio de la noche, en la oscuridad del campo.